

XI

Traslación a Paipa.—El negro Benedicto Nieves, protector de la familia Ortiz.

A fines del año 18 o principios del 19, me llevaron de Chivatá a Paipa. Vivíamos allí con mi padre penosamente, cuando Dios nos envió un consolador que van a conocer mis lectores.

En 1814, con unas tropas venezolanas que llegaron a Tunja, vino un capitán o coronel Luque, que fue alojado en casa. Traía Luque de asistente un mozo, negro fino, de gentil presencia y agradable trato, llamado Benedicto, de apellido Nieves, oriundo de Maracay, pueblo de Venezuela. El mozo, no obstante su color, había nacido de padres libres, y era uno de los patriotas más empecinados. Cobró un verdadero afecto a nuestra familia y lo probó con sus hechos.

Habiendo regresado a Venezuela con las tropas, y hallado dominada ya en su mayor parte por los españoles aquella Capitanía General, abandonó Benedicto el servicio y se retiró al pueblo de Maracay. Allí supo que mi padre había sido conducido a Puerto Cabello, que mi madre se hallaba muy apurada de recursos, y resolvió, ¡qué heroicidad! emprender un viaje largo y penoso, y venir a ver cómo podía auxiliarnos, en qué podía servirnos. En esto se ve claramente el dedo de Dios. Cuando menos lo pensábamos, hé aquí que se nos presentó Benedicto en Paipa, como el ángel consolador: mi madre se alegró al verlo, y todos los chicos corrimos a abrazarlo como a un viejo amigo.

Benedicto era muy agencioso: estableció en casa una panadería, abrió tienda. Una vecina le mandaba la chicha que revolvía o fabricaba, y él la vendía con el pan; y la labia y los buenos modos del venezolano acreditaron en breve el establecimiento, de cuyas ganancias, insignificantes como eran, salió la comida y el vestido de la familia por algunos años. Benedicto nos puso en la escuela del maestro Antonio Garrido a José Joaquín y a mí; obedecía y respetaba a mi madre, cuidando de que no le faltara cosa alguna, y aun tuvo para enviar a mi padre ciertas remesas, algunas de las cuales llegaron a su poder. Benedicto se hizo querer en el pueblo: unos eran sus amigos, otros sus compadres, todos sus conocidos, y acreditó tanto su hombría de bien, que bastaba su palabra para que le fiasen cuanto necesitaba. Y ¡cosa admirable! ese joven era de una moralidad irreprochable, y no alcanzo a darme razón de cómo se había librado del contagio de las malas compañías, viviendo en los vivaques y en los campamentos, y tratando con soldados de quienes dice Lucano en su *Farsalia*, con sobrada razón:

Nulla fides pietasque, viris qui castra sequuntur.

Pero mezclóse muy pronto al gran consuelo que brindaba su compañía una pena acerba, imponderable. De la noche a la mañana le atacó una fiebre maligna. Hacía poco que nos habían permitido vivir en las casas de *El Salitre*, aunque la hacienda seguía embargada por el rey, y Benedicto pasaba unos días de la semana en el pueblo de Paipa vendiendo, y otros acompañándonos en la hacienda. Una tarde llegó con dolor de cabeza, no quiso refrescar, y se fue a su cuarto a recogerse en la cama.

Al día siguiente tenía una picada en el costado y lo devoraba la fiebre. En la hacienda no había médico que lo asistiera ni en el pueblo tampoco, y si por casualidad se hallaba alguno, sería a muchas leguas de distancia. Mi madre le aplicó, pues, los remedios que llaman caseros; pero la fiebre siguió con mayor intensidad. Al tercer día se volvió loco con el delirio, y se necesitaban las fuerzas de cuatro hombres robustos para sujetarlo. Yo desde una ventana lo vi luchando furioso con ellos, porque le impedían salir de la pieza. A poco le faltaron las fuerzas, y en una tranquila agonía devolvió a su Salvador aquella alma nobilísima, dejándonos privados de su amparo y en la mayor consternación. Lloramos mucho su pérdida, y la lloramos muy de veras, y no hay día de esta vida en que no bendigamos su memoria.

XII

El año 19.—Los patriotas de nuevo en Casanare.—La acción del *Pantano de Vargas*.—El Libertador marcha a Bogotá y vuelve en breve al teatro de la guerra.—Santander en el mando. Fusilamiento de Barreiro y sus compañeros.

El tiempo, que no se cansa, como se cansa el hombre miserable, había traído sobre sus alas el año de 1819. Los patriotas que se habían refugiado en los Llanos de Casanare empuñaron las armas y pasaron la cordillera. El ejército, que constaba apenas de 2.400 hombres, venía mal armado y casi desnudo. Una parte de las tropas españolas se había adelantado hasta Paipa. Por las tardes salía yo con los niños de la escuela a ver el ejercicio de lanza que hacían los soldados de caballería, y por lo que puedo juzgar ahora, reconozco que aquellas tropas estaban muy bien disciplinadas y equipadas.

La acción que dieron los patriotas en Paipa el 27 de julio de 1819 fue como la aurora que esclareció con sus rayos el horizonte de la libertad: las tropas cobraron bríos con tan gloriosa prueba, los patriotas se animaron y rodearon al ejército, y su jefe, que tenía una mirada de águila, por un movimiento estratégico muy feliz, después del triunfo en el *Pantano de Vargas*, ocupó el puente de Boyacá, y el brigadier don José María Barreiro, que mandaba el ejército español, viendo interceptada su comunicación con el virrey Sámano, y no esperando refuerzos de la capital, se vio forzado a librar un combate y sufrió en aquel campo una completa derrota, quedando prisionero él mismo con 38 de sus mejores oficiales el 7 de agosto de 1819.

Después de aquella magnífica victoria, base sobre la cual se levantaron la libertad e independencia de cinco repúblicas americanas, montó el Libertador a caballo y siguió precipitadamente a Bogotá, pues habiendo evacuado la capital las autoridades españolas, sobrecogidas de un terror pánico, nada tenía que temer. Iba a que lo coronaran de flores las hijas del Funza; iba a que lo estrecharan en sus brazos los patriotas que no veían en él un pobre mortal, sino un ángel mandado por Dios para soltar las cadenas de un pueblo.

Dos o más días estuvo la capital en anarquía, y fueron robados muchos almacenes. De aquella impura fuente provienen las fortunas brillantes que ostentan algunos cuya lista sé yo de memoria.

El Libertador, después de haber dictado las providencias más urgentes y de encargarse de la vicepresidencia a Santander, montó a caballo otra vez y volvió al teatro de la guerra que, por cierto, no estaba terminada: teatro digno del gran capitán de Suramérica, fundador de Colombia.

Santander cogió las riendas del mando. Barreiro, joven gallardo y a la par oficial muy ilustrado, a quien conocí, y sus treinta y ocho compañeros, prisioneros de guerra, fueron fusilados en la plaza mayor de Bogotá, que más tarde se ha llamado Plaza de Bolívar, por la estatua de bronce que la adorna, hecha por Tenerani y costeadada por el señor José Ignacio París. El vicepresidente presenciaba aquella escena por entre los cristales de su gabinete.

Un viejo Malpica, en un arrebatado de indignación, se atrevió a exclamar en medio de un grupo de espectadores: "No le hace, que atrás viene quien

las endereza", aludiendo a los peninsulares que quedaban en armas. No tardó en llegar el cuento a oídos de Santander, quien mandó que al instante pasaran por las armas al atrevido español; y, como alguno le observara que bastaba con que hubieran pagado con la vida treinta y nueve españoles, "que sean cuarenta", dijo, y la orden fue ejecutada sin demora.

Corría la sangre mezclada con el agua del caño que bajaba por la calle de la iglesia de La Concepción, cuando el vicepresidente montó a caballo, y seguido de una gran multitud, con una banda de músicos, dio vuelta a la plaza en vistoso alarde; arengando al pueblo, y cantando algunos del acompañamiento unos versos que empezaban:

Ya salen las emigradas,
ya salen todas llorando
detrás de la triste tropa
de su adorado Fernando.

XIII

El fusilamiento de Barreiro relatado por el coronel Hamilton.

En el *Viaje a América de Mr. de Chateaubriand*, tomo 2º, página 438, hallamos la nota siguiente que confirma este relato:

“El coronel Hamilton, testigo de una fiesta celebrada en Bogotá, se expresa así:

“ ‘Los empleados civiles y militares se trasladaron con grande aparato del palacio a la catedral, a presenciar la fiesta de acción de gracias por la batalla de Boyacá, ganada por Bolívar al español don José María Barreiro en el mes de agosto de 1819; y en seguida este general fue fusilado en la plaza mayor con treinta y ocho oficiales españoles. Un *fraile turbulento*, y que había manifestado mucho celo por la causa de los españoles, fue también una de las víctimas: esto hizo que el número de fusilados en ese día llegase a cuarenta. Las señoras de Bogotá no se manifestaron muy sensibles a la suerte del general Barreiro, que había sido comandante de la guarnición de esa plaza: era muy buen mozo, contaba apenas treinta años de edad, y afamado por su valor y galantería, se le daba el nombre de *El Adonis de las mujeres*.’

“Es muy notable, ciertamente, observa Chateaubriand, la sangre fría con la cual relata el viajero el fusilamiento de cuarenta personas distinguidas en la plaza mayor de Bogotá. ¿No era bastante poderoso un comisario de su majestad británica en la República colombiana, para hacer valer los derechos de la humanidad?”

A mí me parece que Mr. Hamilton no presencié tal fiesta, porque si la hubiera presenciado, mal pudiera haber dicho con verdad *un fraile turbulento*, pues Malpica no era fraile. Refiero el hecho como lo cuentan muchos testigos contestes que lo presenciaron.

XIV

El regreso del Libertador a Cúcuta.—El autor en presencia de Bolívar.—Breve diálogo entre el héroe y el niño.—El decreto sobre educación de los hijos de los patriotas.

Bolívar, en su tránsito para la villa del Rosario de Cúcuta, se hospedó en Paipa (no recuerdo la fecha) en casa del señor Tomás Monroy, a quien había condecorado con la cruz de la *Orden de Libertadores* en recompensa de los servicios prestados al ejército patriota antes de la batalla de Boyacá. Dicho Monroy, que había sido mayordomo de la hacienda de mi padre, y era además su compadre, me convidó para que, con algunos vecinos de Paipa, acompañáramos al Libertador a su salida del pueblo. En efecto, el día de la marcha monté a caballo pra incorporarme a la comitiva; pero supe que Bolívar había tomado el camino antes que todos, como lo tenía de costumbre, y alguno me aconsejó que apurara el paso si quería conocerlo. No me lo dejé decir dos veces, y eché mi caballo al galope, seguro de alcanzar a Bolívar en *El Arenal* o más allá. Bien adelante de *Los Molinos*, pregunté por él a un grupo de caballeros que se habían atrasado. Va adelante, me contestaron; piqué otra vez al jaco, sin dejar de hacer igual pregunta a cuantos encontraba. Al entrar en las llanuras de Bonza, divisé un sujeto que iba a paso regular, envuelto en un capote de paño blanco, y que llevaba ajustado el sombrero de paja con un pañuelo que le cubría casi todo el rostro. Cuando llegué a su lado: —¿A dónde va usted? me gritó.
—A ver a Bolívar, le respondí.

—¿Y qué le quería usted decir?

—¿Yo?... nada: era por conocerlo no más.

—¿Pues un hombre como cualquiera! ¡Como cualquiera! repitió, y luégo, mirándome fijamente: ¿de qué familia es usted? me preguntó.

—Hijo del doctor Ortiz, del que tienen preso los españoles en Puerto Cabello.

—¿Y por qué no lo mandan a usted a un colegio?

—Porque mi madre no tiene con qué.

—¡Pobre chiquillo!

Estando en este diálogo, cuyas palabras no serán tal vez las mismas, pero sí la sustancia, nos alcanzaron algunos de los que se habían atrasado, y rodearon con mucho respeto al caballero del capote blanco, a quien llamaban general, y le daban el tratamiento de excelencia... ¡Era Bolívar!

Causóme no poco disgusto aquella equivocación, y, en consecuencia, empecé a dejar que se me adelantaran los que venían atrás, y cuando calculé que ya habían pasado todos, eché una carrera tendida hasta que llegué a casa, en donde referí a mi madre lo que me había sucedido. ¡Acababa de hablar con Bolívar! Desde entonces se me quedaron fijos en la memoria el agudo acento de su voz, y las facciones de su rostro, aunque vistas a la ligera. ¡Ah! ¡No sabía entonces, por ser tan niño, cuánto valía aquel hombre, el más eminente que ha producido la América española! ¡Ignoraba entonces que el viajero del capote blanco estaba ceñido con la triple corona de poeta, de legislador y de guerrero. Al saberlo, ¡cuál hubiera sido mi asombro!

Habían pasado muchos meses desde mi entrevista con el Libertador, cuando llegó a mi madre

carta del general Santander, en que le decía que el congreso había expedido un decreto en que ordenaba que a los hijos de los patriotas que estaban en poder de los españoles se les pagara por el tesoro público la correspondiente pensión en algún colegio; le preguntaba, además, si alguno de los hijos del señor Ortiz estaba en edad conveniente para aprovecharse del beneficio del decreto, y la animaba a que, en caso de estarlo, no tardara en mandarlo a Bogotá.

XV

El autor es enviado a Bogotá a estudiar—Imposición de la beca en San Bartolomé.—Es padrino de la ceremonia el general Santander.—Quién era Santander.—Su manera de gobernar. El clérigo Bujanda dueño de *Hatogrande*.—A quién debió el autor la beca encarnada.

Sobremanera triste para mí fue la notificación de que tenía que ir a un colegio. Sentía el separarme de mi madre, de José Joaquín, mi hermano, a quien he amado siempre con el mayor afecto, de mis queridas hermanas, y verme privado de mi libertad, de los campos que recorría a mis anchas, del caballo en que hacía mis correrías, del río en que me bañaba, de esos horizontes que me encantaban, de los nidos de los pajarillos, y de las plantas y flores cuyos perfumes embriagaban mis sentidos. Pero hube de someterme a las circunstancias, y verifiqué mi viaje a Bogotá en compañía de mi madre. La ciudad nativa no pudo hacerme olvidar, sino después de algunos años, esos campos que había dejado a más de treinta leguas de distancia. A mí no me gustaban las iglesias ni los grandes caserones, sino las arboledas, los montes, las llanuras, y al ver los caños de la ciudad pensaba en los alegres arroyuelos que como cintas de plata atravesaban esos campos de donde me había arrancado la suerte; es decir, que desde niño prefería la obra de Dios a la de los hombres.

El general Francisco de Paula Santander tuvo la bondad de ser mi padrino en el acto de ponerme sobre los hombros la beca encarnada. Ochenta alumnos internos, vestidos de la hopalanda y con

el bonete en la mano, esperaban en la sala rectoral. El general entró acompañado del rector, doctor Ramón Amaya, y de algunos profesores del establecimiento. El vestido ordinario de su excelencia consistía en un gran sobretodo de paño verde botella, forrado en pieles, pantalón de grana con galón fino, botas con espolín de oro, sombrero militar con un desmesurado plumaje blanco y el bastón de la vicepresidencia, con puño de oro y esmeraldas. Luégo que hubo puesto sombrero y bastón sobre la mesa, cubierta con una carpeta de damasco amarillo, sentóse debajo del dosel, adornado con el retrato del ilustrísimo arzobispo Lobo Guerrero, fundador del colegio; hizo señal con la mano para que tomaran asiento los circunstantes, y me dirigió un discursejo, exhortándome a que aprovechara el tiempo, y repitiendo que en los hijos de los próceres de la independencia americana se fincaba en parte el glorioso porvenir de la República. Al terminarlo me dio un abrazo y me mandó que abrazara al rector, catedráticos y colegiales (los que me dieron sendos pellizcos). Tal era la costumbre.

Estaba el general Santander en la fuerza de la edad, era bizarro de presencia y perorador incansable, afortunado en amores; tenía a su disposición los tesoros de Colombia, que se aumentaron después con el empréstito de los treinta millones; mandaba la fuerza armada de mar y de tierra de toda la República, que se extendía entonces a Venezuela y el Ecuador, y gobernó mucho tiempo sin constitución, hasta que se promulgó la de Cúcuta, sancionada en 1821. ¡Su poder era grande! Una noche que oyó en la Capilla del Sagrario, durante el octavario del Corpus, una expresión que le dis-

gustó, hizo bajar a gritos al predicador, que era un clérigo Quintana, y lo desterró a los Llanos de Casanare; bien que por empeños de unas señoras no se llevó a afecto aquella providencia. ¡Eso sí era mandar! Lo que Santander quería, eso se hacía: su voluntad era la ley. Y ese es el hombre que nos pintan ahora como modelo del verdadero republicano.

El clérigo Bujanda era español y dueño de la hacienda de *Hatogrande*, crímenes ambos por los que fue desterrado y murió en los Llanos de Casanare. A Santander le adjudicaron por su haber militar aquella hacienda, que vale más de cien mil pesos.

Mi madre tuvo que regresar a Paipa, donde habían quedado mis hermanos, y yo, como aquel salvaje amigo de López que nos pinta el cantor de *Atala*, me quedé llorando en San Bartolomé.

Ahora es cuando conozco que mi entrevista con el Libertador fue la causa eficiente del cambio de mi situación; probablemente él insinuó a algunos diputados al congreso de Cúcuta que debía expedirse el decreto mencionado, y se expidió: él escribiría a Santander recomendándome, y Santander se apresuró a complacerlo, poniéndome la beca encarnada. Debo, pues, mucha gratitud al Libertador Bolívar. En tanto que yo comía la pitanza bartolina, muchas brigadas de caballos de la República pacían en las dehesas de la hacienda de mi padre, y esos pastajes nunca se le pagaron. Vaya lo uno por lo otro, y no se diga, como lo imprimió Santander en 1834, que debo mi educación al gobierno, cuando no alcancé a estar ni un año en San Bartolomé por cuenta del tesoro.

XVI

Los colegios de la Nueva Granada en 1820.—Lo que en ellos se enseñaba y su régimen.

Los principales colegios de la Nueva Granada en aquel tiempo eran el Real Seminario de San Bartolomé, al que acababa yo de entrar; el de Santo Tomás, fundado por el ilustrísimo don Cristóbal Torres, y la Universidad Tomística, regentada por los padres de Santo Domingo. Había además un colegio en Popayán y otro en Cartagena.

Entonces no se enseñaba la lengua castellana, y menos el griego, el francés, el inglés, el alemán, el italiano. De las lenguas muertas se versaban escolares solamente en la latina, y para ser justo en mis conceptos, debo decir que se enseñaba mejor que ahora. No había clases de matemáticas, ni de física, ni de ciencias intelectuales: la retórica y la poética eran estudiadas privadamente por los aficionados. No había enseñanza de botánica, a pesar de los adelantos hechos en ella, a principios de este siglo, por el doctor Celestino Mutis, director de la real expedición. No había una clase de urbanidad, no se sabía ni qué era la gimnástica. Las enseñanzas de materia médica eran sumamente incompletas, pues no se estudiaba a fondo la anatomía, ni la cirugía, ni la terapéutica, ni la clínica, ni la farmacia. La higiene corría parejas con la gimnástica: una clase de dibujo lineal hubiera sido un fenómeno, una de partida doble y de cálculo, una extrañeza, y una de música, un escándalo; anfiteatro anatómico, laboratorio químico, eran cosas de que ni aun se tenía idea. No había ninguna clase

de historia. Los textos se reducían al Nebrija y al Gaudin, y ahí tienen ustedes la literatura y la filosofía; para el derecho civil la *Instituta*; los cánones se estudiaban por la obra de Van Spen; la teología moral por el catecismo de su santidad Pío V, y la Escritura Sagrada por Duhamel.

Los alumnos dormían de dos en dos, de tres en tres, en piezas separadas, sin ninguna vigilancia: allí podían jugar a los dados si querían, beber licores, hacer diabluras. Por fortuna los de aquel tiempo no tenían tanta malicia, y sus pecadillos consistían en robar cajas de conserva y en atiborrarse de golosinas. El estudio, sin vigilantes, se hacía paseando y atronando a gritos por los claustros. Para ir a las aulas había que andar media cuadra, y aquello sí era de ver. Bajaban los estudiantes las escaleras a brincos, salían del portón dándose puntapiés y puñadas, y llegaban a las clases después de haber puesto la cuadra en completa revolución.

En un establecimiento tan bello, tan ordenado y tan bien dirigido, no es de extrañar que la enseñanza fuera manga por hombro. Permanecí allí menos de un año: ¡tiempo perdido! Como no leía ni escribía, se me olvidó lo poco que sabía, y me quedé con los nominativos y conjugaciones de los verbos latinos, que posteriormente hube de aprender de nuevo.

Basten estas reminiscencias para dar alguna idea de los estudios en aquella época. Viven todavía muchos de los cursantes de entonces, a cuyo testimonio apelo en confirmación de la verdad de mi relato.

XVII

El desterrado de Puerto Cabello.—Causa de la enemistad de Santander para con él.—El empréstito Goldsmith.—Las bóvedas de Puerto Cabello.—El doctor Ortiz, enterrador de muertos. Libertad y regreso del padre del autor.

Vuelvo ahora a hablar del desterrado que llegó a Puerto Cabello, e inmediatamente fue encerrado en una bóveda del castillo.

Muchas veces me contó mi padre sus padecimientos con la gracia, con la elocuencia que le eran naturales; con la franqueza propia del hombre de bien, que nunca desfigura los hechos; con el dolor que era consiguiente al verse arruinado y perseguido por los hombres que figuraban en la República, y no hacían caso ni cuenta de sus servicios, de sus méritos y de su patriotismo: porque mi padre se atrajo la enemistad de Santander, y del círculo de parásitos que le adulaba, explotando a su sombra el tesoro público, desde que se opuso tenaz y vigorosamente, en uno de los congresos de Colombia, al empréstito de los millones que se pidieron a la casa de Goldsmith; disposición que fue adoptada, pero teniendo el proyecto el voto negativo de mi padre en todos sus debates. En 1857, en una de mis *Cartas de Piquillo*, hice la cuenta de la deuda de la Nueva Granada, que ascendía entonces a la suma de 53.772.758 pesos 6 reales en moneda de ocho décimos. ¿A cuánto subirá al presente?

Así que llegó mi padre a Puerto Cabello le encerraron en una bóveda del castillo, la que queda a flor de tierra, y en la cual se filtraba el agua del

mar. Dicha bóveda tenía doce varas de largo, tres o cuatro de ancho y dos y media de alto. Allí dormían amontonados diez o doce presos: mi padre, su compadre el doctor Pietri, don Simón Burgos, un padre Escobar (de las misiones de Cali), el doctor Pablo Francisco Plata, don Pedro Mosquera, un mulato Pimentel, y no recuerdo quiénes más. Por la noche echaban el cerrojo a la puerta de la bóveda, que no tenía sino una claraboya practicada en la muralla. Apenas había espacio para que los presos durmieran en las hamacas colgadas de clavos fijos en la pared.

Le pusieron a mi padre el oficio de enterrar a los muertos. Por las mañanas marchaba con cuatro soldados y un carro. Recogía los cadáveres en el hospital, y seguía a hacer abrir las sepulturas para enterrarlos. Del sol, de la humedad, de los malos alimentos, de lo insalubre de la habitación, contrajo una fiebre que le privó de sentido por muchos días, al cabo de los cuales empezó a restablecerse. Recordaba siempre enternecido una acción generosa del mencionado doctor Plata, que consintió en regalarle, cuando estuvo en el hospital, veinticinco pesos y una muda de ropa, acción tanto más laudable cuanto fue rara, pues otros compañeros de infortunio, ricos, que habían recibido fondos y libranzas, no se condolieron de su situación viéndolo expirar. Demos gracias a la Providencia, porque si son muchos los corazones despiadados, hay también algunos que alimentan el fuego santo de la caridad. De estos tales era el del doctor Plata.

La constitución dada por las cortes españolas, reunidas en Cádiz, moderó un poco la acción de Fernando VII, y dos órdenes circulares de ese

monarca, comunicadas a los jefes de ultramar, suavizaron un poco la suerte de los presos de Estado. En la primera se prevenía que fueran puestos en libertad, y se permitiera regresar a sus domicilios a todos aquellos, europeos o americanos, que se hallaban presos o detenidos en cualquier punto del reino por delitos políticos. “Entonces fue, dice Restrepo en su *Historia de Colombia* (tomo 3º, página 46), cuando salió de la carraca de Cádiz el inmortal Nariño, y del presidio de Puerto Cabello el padre Padilla, los doctores Andrés María Rosillo, Ignacio Herrera, José Joaquín Ortiz y otros varios patriotas.”

Mi padre no pudo regresar inmediatamente al seno de su familia, cual lo apetecía, porque en atención al estado de guerra en que se hallaba Venezuela, le confinó el general Morillo a la ciudad de Valencia.

Volvió a respirar allí el aire dulcísimo de la libertad, siendo favorecido constantemente por el señor Borjes, por la estimable señora Vicenta Rodríguez y por la marquesa de Toro, que le encomendó la defensa de todos los negocios judiciales de su casa; y así fue pasando el tiempo hasta que, después de la entrevista de Bolívar y Morillo, y firmado el armisticio que se llamó de Santa Ana, pudo, tras largos años de ausencia, volver a la Nueva Granada.

Mi madre, que se hallaba en Paipa, tuvo el gusto de abrazar la primera a su esposo. Pasados unos pocos días, siguió mi padre para Bogotá con el exclusivo objeto de verme. Una tarde, cuando menos lo pensaba, llegó un sujeto, pidió licencia al rector para sacarme del colegio, y me llevó a los brazos

de mi padre. No puedo, no acierto a describir aquel momento en que se confundieron nuestras lágrimas en un estrecho abrazo.

Detúvose mi padre en Bogotá unos pocos días, durante los cuales no me aparté de su lado ni un solo instante, ni de día ni de noche, pues dormíamos en una misma cama. Mi padre me compró vestidos de que estaba muy escaso, varios libros que me faltaban, me dio algún dinero, y regresó dejándome en el seminario, no sé por qué ni para qué, pues bien debió conocer por mis respuestas que yo nada había aprendido. Al cabo de tres meses mandó a un campesino formalote, llamado Jiménez, con dinero y caballos para que me llevara a Paipa a pasar el asueto.

Después de algunos años de orfandad y trabajos volví a verme otra vez mimado y consentido en el seno de mi familia. ¡Oh tiempos felices! ¡Gotas de miel que caían benditas de Dios en la copa de la vida! ¡Cuán poderoso debe ser vuestro recuerdo, cuando después de tantos años alcanza todavía a enternecer mi corazón!

XVIII

Don José Ortiz Nagle, magistrado de la Corte Superior de Justicia.
La venta de *El Salitre*.—Empieza la ruina de la familia Ortiz.
Don Félix Restrepo y sus discípulos.

El congreso, reunido en la villa del Rosario de Cúcuta, en atención a los méritos, servicios y padecimientos de mi padre, le nombró ministro de la Corte Superior de Justicia del distrito del centro, que debía establecerse en la capital de Colombia, con un sueldo anual de tres mil seiscientos pesos. Dicha suma, nada despreciable en aquellos tiempos, en que la vida era muy barata, hizo que mi padre se resolviese a vender la hacienda de *El Salitre* en cincuenta y cuatro mil pesos a don Juan Manuel Arrubla, transpasándole unos cuantos miles de principal que reconocía sobre ella. En seguida nos trasladamos a Bogotá, y mi padre, después de haber instalado por comisión la Suprema Corte de Justicia, tomó asiento en el tribunal del distrito. Su sueldo fue primeramente rebajado a dos mil pesos por un decreto del vicepresidente Santander, so pretexto de introducir economías en los gastos públicos; después, y con igual pretexto, fue reducido a mil ochocientos pesos, y últimamente, para hacer economías en el servicio público, a mil quinientos. Aquella era mucha economía, mucho celo por el tesoro nacional, y como no había dinero en caja, el pago se hacía en papeles que sufrían un gran descuento en el mercado. Mi padre fue gastando cuanto le quedaba, y al cabo de algunos años se encontró cargado de familia y de obligaciones, y sin más recursos para vivir con la decencia que

exigía su rango que aquel sueldo miserable, y debe notar el curioso lector que esto pasaba a tiempo que entraban en la tesorería los millones del empréstito.

Mi padre, que había estudiado filosofía en el colegio de Popayán con el doctor Félix Restrepo, se empeñó en que su maestro había de ser también el maestro de su hijo, e hizo los mayores esfuerzos a fin de que leyera un curso en Bogotá, comprometiéndose a pagarle cierta cantidad anualmente, además de la que percibiría de las rentas del colegio. Dicho y hecho: abrióse el curso el año de 1822 con 80 alumnos, entre internos y externos, siendo rector el doctor José María Estévez, que murió de obispo de Santamarta. De estos ochenta alumnos no alcanzamos a completar el curso sino unos treinta o cuarenta. Entre ellos recuerdo a Mariano Ospina, que fue presidente de la confederación; José Vicente Martínez, Vicente Lombana, Pedro Celestino Azuero, por sobrenombre *El Brujo*, fusilado en 1828 por ser uno de los conspiradores del 25 de septiembre; Francisco Martínez Bueno, que murió heroicamente en 1840, siendo gobernador de la Provincia del Chocó; Rafael María Vásquez, sacerdote muy ilustrado, cura de Latacunga, en el Ecuador; José Antonio Gómez, Miguel La Rota, Crisanto Ordóñez, el coronel Mateo Viana, Mariano Melendro, Camilo Neira, Enrique Umaña, Manuel Fernández, Angel María Chaves, Sinforiano Hernández, Urbano Pradilla, Anselmo Pineda, coronel, célebre por sus colecciones y por su valor; Joaquín Gómez Iriarte, Epifanio Torres, Píoquinto Rojas, Carlos González, Manuel del Castillo, Luis María Silvestre, y no sé quiénes más.

Contra la usanza antigua, bárbara a todas luces, las materias que formaron el curso de filosofía no se enseñaron en latín sino en castellano, y al intento, el doctor Restrepo hizo imprimir sus *Leciones de Física*, extractadas en gran parte de la obra del abate Paulian.

Yo, que había estudiado a la diabla cuatro palotadas de lengua latina con el doctor Francisco de Paula López Aldana y con mi concolega Domingo Cipriano Cuenca; que había presentado examen y dado en él muchas, claras y evidentes pruebas de mi profunda... ignorancia, ¡no fui reprobado! por consideraciones a que era hijo de un ministro, y me matricularon de alumno para la clase del doctor Restrepo. Dicho señor era oriundo del pueblo de Envigado, en la provincia de Antioquia, y debe decirse en honor suyo que, después de Caldas y de Mutis, fue el propagador de los buenos estudios de matemáticas y de física en este país. Sus explicaciones eran claras, y algunas veces elocuentes; su genio apacible, su trato bondadoso, su calva venerable, y aunque mayor de sesenta años, el aseo de su persona y vestidos le daban cierto aire de lozanía y de frescura. Había hecho un profundo estudio de Horacio y de Virgilio, y citaba con mucha frecuencia sus versos y los traducía para que los entendiésemos, amenizando de este modo sus lecciones. Don Félix, como le llamábamos ordinariamente, era todo un hombre de bien, y tan humanitario, que fue quien presentó y sostuvo en el congreso de Cúcuta el proyecto que, sancionado, vino a ser la *Ley de manumisión de esclavos*; ley que enjugó muchas lágrimas, que ha evitado muchos crímenes, y que elevó a la condición de hom-

bres libres a más de veintiseis mil esclavos, tratados como bestias de carga, con pocas excepciones. Don Félix fue verdaderamente un ciudadano útil al país de su nacimiento, y sus costumbres eran tan puras y arregladas como sus intenciones.

El curso de filosofía duró tres años. Estudiamos en ellos aritmética, álgebra, lógica, geometría, trigonometría, mecánica, hidrostática, hidráulica, óptica, dióptrica, catóptrica, geografía, astronomía y psicología. Algunas de esas materias nos las enseñó el doctor Restrepo por la edición latina de la obra del profesor alemán Cristiano Wolff.

Había entonces una absoluta carencia de textos para la enseñanza. Mucho después fue que publicó el padre Mora su aritmética, la cual resultó ser del coronel Sánchez, de la isla de Cuba.

XIX

La enseñanza de caligrafía por don Julián Torres.—Don José María Torres Caicedo y su carrera literaria y política.

Viendo mi padre que yo no sabía escribir, compró la obra de caligrafía de don Torcuato Torío de la Riva, discípulo del afamado Palomares, para que imitara su letra en las horas que tuviera vacantes después de concurrir a la clase, y para que aprendiese también a escribir José Joaquín, que sacó una forma de letra muy clara y elegante.

Muy atrasado estaba yo en latinidad, y mi padre que, no sin razón, juzgaba de muchísima importancia aquel estudio, empezó a darme lecciones, y no contento con eso, me puso un maestro que van a conocer mis lectores. Es don Julián Torres, padre del célebre doctor José María Torres Caicedo, que ha residido muchos años en París, y es conocido en la América española por la incontrastable firmeza de sus principios políticos y por sus escritos literarios. A la fecha está encargado de la redacción del *Correo de Ultramar*.

Torres Caicedo estuvo hecho cargo de la publicación de *El Día*, en 1850, y poco antes había redactado un periódico llamado *El Progreso*. En el año citado, una partida armada rompió las puertas del establecimiento y se introdujo a los salones en que se componían las páginas de *La Civilización* y de *El Día*: descompuso los moldes, echó a perder las prensas e inutilizó todo el material de la imprenta, que era una de las mejores que había en el país, y todo ese furor porque le hacían la oposición al presidente López, que se apellidaba democrático,

jefe del partido liberal, hombre de principios, etc. Verdad es que *La Civilización*, escrita por los señores Mariano Ospina y José Eusebio Caro, había subido a un punto de exacerbación en sus discursos que daba miedo, y *El Día* llegó hasta estampar en sus columnas caricaturas contra el presidente, en que le representaban vestido de general, con grandes orejas de burro, una botella de aguardiente y un par de dados, ataques personales que estoy muy lejos de aprobar, pues la imprenta es una arma santa que ha de esgrimirse noblemente contra los enemigos.

Torres Caicedo tuvo en Bogotá un duelo en que se portó dignamente, y recibió un balazo debajo del omoplato izquierdo. No hubo en la capital quien le sacara la bala, hasta que se la extrajo en París el señor Velpeau. Desde entonces se ha quedado viviendo en Europa ese célebre compatriota y amigo. El gobierno de Venezuela le ha nombrado encargado de negocios, en tanto que en su patria no se han acordado de él; porque, digamos la verdad, las elecciones son aquí una farsa, y las pandillas que las dirigen no tratan de mandar al congreso sino a sus afiliados. Durante la administración Ospina se sentaron en el congreso algunos niños que no podían competir y menos igualar en servicios o en saber a Torres Caicedo; y para éste no hubo ni un voto. ¡Olvido cruel que pinta el desagrado del partido a cuyos triunfos ha consagrado Torres Caicedo todas sus fuerzas!

Recientemente ha publicado en París un volumen precioso, titulado *Religión, patria y amor*, que contiene las poesías de su juventud. Muy lisonjero habrá sido para el joven granadino el juicio favo-

rable de literatos de tanta nombradía como Lamartine, Méry, Jules Janin, Abigaíl Lozano, Zorrilla y Rapela, que prodigan elogios al cantor de la patria, de la religión y del amor. Ha publicado también dos tomos de *Los hombres ilustres de la América española* y una obra *Sobre la estructura del gobierno inglés*.

Don Julián era monarquista empeinado y tenía razón para serlo. Preveía sin duda con su gran talento el estado anárquico a que llegarían en breve estas regiones; y además, ¿cómo podía olvidar que sus hermanos, venerables sacerdotes, habían muerto en los Llanos de Casanare, desterrados por el vicepresidente Santander en odio a su fidelidad a los reyes de España? Don Julián era un varón justo.

Pocos hombres he tratado después que reunieran en tan alto grado la virtud y la ciencia, hermanadas con la más profunda humildad. Era un filósofo cristiano, y después de mi padre, el mejor de los maestros que he tenido.

Conocía el álgebra profundamente y me la enseñó; pero como no he tenido desarrollado el órgano de la contabilidad, o diré mejor, no lo he tenido, la olvidé muy pronto. No me sucedió otro tanto con la lengua latina, porque embelesado desde niño con la frase de las descripciones virgilianas, no he dejado de la mano a Horacio ni a Virgilio, que han sido mis compañeros de viaje y mis consoladores en las amargas horas que tiene la vida.

Don Julián me enseñaba no solamente el álgebra y a traducir los citados autores, sino que me proporcionaba libros aparentes para instruirme y hacerme virtuoso. Sus conversaciones rodaban casi siempre sobre Dios y la grandeza de sus obras,

sobre Jesucristo y las bellezas de la Biblia, sobre la inmortalidad del alma y los futuros destinos del hombre. Me quería como a hijo, y aunque yo era niño, me trataba como a hombre ya formado: me animaba con sus elogios, me dirigía con sus consejos, me enseñaba con su ejemplo; en fin, fue mi amigo en toda la extensión de la palabra. Vivía aislado y pobre habiendo sido rico y considerado en la sociedad, y sufría sus trabajos con suma paciencia, rodeado de su esposa e hijos, a quienes mantenía con el producto de las lecciones que daba en Bogotá a algunos jóvenes. Reconozco sus beneficios y su memoria es muy grata a mi corazón.

XX

El aprendizaje del francés.—El primer certamen público en Bogotá.—El premio de mi padre.

Unas pocas lecciones que me dio mi padre y el diccionario de Núñez Taboada bastaron para ponerme en capacidad de entender el texto francés de la física del abate Paulian y explicar las conferencias a mis condiscípulos, mocetones mayores de edad, pues yo era el menor de todos los ochenta que concurrían a la clase.

Al terminar nuestro curso de filosofía se presentó en Bogotá el primer certamen público en que comparecieron a ser examinados todos los alumnos. Antiguamente sostenía un solo estudiante, al fin del año y por toda la clase, lo que llamaban *conclusiones*. Nosotros no defendimos todas las materias todas que abrazaba el curso, sino que, con tres meses de anticipación, se nos señaló la que debíamos sostener para que la repasásemos de preferencia.

El doctor Estévez había hecho a Europa un gran pedido de máquinas e instrumentos de física y de matemáticas, pagadero, se entiende, con las rentas del colegio. El día del examen se pusieron de manifiesto, en largas hileras en la iglesia de San Carlos; réplicas y convidados se sentaron a un lado; rector, catedráticos y alumnos, al otro; a la espalda habían tomado asiento muchísimas señoras; y después ceñía aquel recinto un inmenso concurso asombrado de ver, por vez primera en la capital, tántas máquinas e instrumentos, suponiendo cándidamente que sería mucha la ciencia de los

jóvenes que hacían jugar aquéllas y manejaban éstos con tanta facilidad. Rompió la orquesta con un buen trozo de música al entrar su excelencia el vicepresidente, y todos nos pusimos en pie. Tomó asiento y nos sentamos. No recuerdo qué joven fue el encargado del discurso expositivo, llamado *resunta*. El general Santander contestó con la gracia que le era peculiar y empezó el examen.

Muy bien lo hicieron los alumnos, es decir, no se pifiaron en sus respuestas. Mi padre salió contentísimo, y me dio en el *altozano* un apretado abrazo. ¡Ese fue mi premio! Me examinó en geografía esférica y principios de astronomía el doctor don Manuel Baños, orador famoso de la cámara de representantes, íntimo amigo de mi padre. Dicho señor fue el que compuso una sátira contra el doctor Vicente Azuero, redactor del *Correo de Bogotá*, inserta en *La Guirnalda*, pero mutilada, porque mi hermano, al dar a luz en su imprenta aquella colección, le cercenó los pasajes más atrevidos. Entre lo conservado hay un trozo que empieza así:

Cuando tú en comilonas y saraos
a tiranos odiosos adulabas, etc.

Sigue describiendo los trabajos que pasó en 1819 en los Llanos de Casanare, y emplea esta valiente personificación:

Dígalo Upía undoso, arrebatado,
cuando al vadearlo me arrastró consigo,
y del sombrero sólo despojado
salí, del sol al rayo, a la pelea,
cuyo lugar, me acuerdo, envuelto en llamas
a mis ojos parece que aún humea.

El que escribía tales versos era, sin disputa, un buen patriota y un hombre de talento.